

Esta sublime inmolación del Justo hace temblar por la justicia del Altísimo; pero ha-ce esperar, sí, esperar inmensamente del amor que así se ha entregado sin exhalar una queja.

La justicia del Padre ha sido ahogada en el amor del Hijo; y una nueva era se ha abierto para los hombres.

F.

EL CALVARIO

Todo es sombra, todo duelo;
Se escuchan ayes perdidos,
Resonando confundidos
Por las bóvedas del cielo.
Asoma el sol con recelo
Mostrando cárdena luz;
Y entre el lóbrego capuz
Que ennegrece el horizonte,
Se ve á lo lejos un monte
Y sobre el monte una cruz.

Cálido el viento desmedra
La flor que en el campo brota;
Al dar un paso se nota
Ancha abertura en la piedra;
Con vago clamor arredra
Del vulgo el eco doliente.
Y ciega va la serpiente
Hondo agujero buscando,
Retorciéndose silbando,
Aterrada é imponente.

Sepulcros, muertos visiones,
Horror de la fantasía;
Sombras que envuelven al día
En descompuestos girones;
Desgarrados pabellones
Que velan la destrucción,
Esos los adornos són
De esta morada desierta,
Y el cielo negra cubierta
De un inmenso panteón.

Venid: en el leño brilla
Un rostro humano doliente;
Sangre corre por su frente,
Sangre inunda su mejilla.
No por culpa ni mancilla
Se le inmoló en sacrificio;
Su crimen fué el beneficio
De libertar nuestras almas:
Ayer le ofrecieron palmas
Y hoy le veis en el suplicio.

Levanta, raza homicida,
Recoge ya ese sudario;
Ve esa cruz; en el Calvario
Está el trono de la vida.
De hoy tu historia fermentida
Quedarán nefandos nombres;
Hora es ya de que te asombres
De tu impotente furor:
La tumba de Salvador
Es la cuna de los hombres.

¿Qué importa que Cristo sea
sobre las rocas herido?
¿Qué hará este imperio temido
De su famélica tea?
Ya sobre el Gólgota ondea
El estandarte cristiano,
Y unida al mundo pagano
Rodará con su mancilla,
Teñida en sangre, la silla
Del Pontífice romano.

El sol en los hemisferios
Nuevos torrentes desata;
El arte campos de plata
Conquista en nuevos imperios:
Entre sublimes misterios
Envuelta el alma se ve,
Y poniendo el hombre el pie
De otro mundo en el umbral,
Alza inmenso pedestal
A la estatua de la fé.

Pueblo bárbaro y cruel
Que hayer tus palmas batías,

Son verdad las profecías
Y los sueños de Daniel.
Tú vagarás en tropel
Con el oprobio en la frente;
Y ante el recuerdo doliente
De que el cristiano se aflije,
No habrá hogar que te cobije
Ni tierra que te sustente.

Los ídolos ya cayeron;
La mentira sepultaron;
Amor y piedad brotaron
Donde crueldades hubieron;
Los falsos dioses huyeron
Con sus lúbricas vestales;
Y borrando las señales
De sus impuras ruinas,
Abren sus puertas divinas
Las sagradas catedrales.

Alza, cristiano, la frente,
Del universo señora,
Que ya ha nacido la aurora
Bañando en luz el Oriente;
Del mal el rudo torrente
Huirá con rápido vuelo;
Y abriéndose el ancho velo
Que oculta al Sér sin segundo,
Habrá esperanza en el mundo
Y eternidad en el cielo.

Acércate de Sión
A ese lecho funerario;
Ven y reza en el Calvario,
Con profunda devoción;
Ve la cruz de redención
Que no te deja perderte,
Y nunca olvide tu suerte
De la tierra en la partida,
Que está el árbol de la vida
En esa cruz de la muerte.

LA MUERTE DE JESÚS

Sic Deus dilexit mundum.

Otra cosa no le quedaba ya á Jesús que hacer más que morir. Entró, pues, en el silencio de la agonía y el sol se oscureció. Estas tinieblas, que comenzaron momentos después de la crucifixión, y que duraron hasta que Jesús exhaló el último suspiro, no eran la noche, á la manera que no eran el día los alegres resplandores de Belén; era una especie de duelo y estupor de la naturaleza, la señal celeste que los judíos habían pedido. La veían sin comprenderla, del mismo modo que iban también á recibir, sin comprenderlo, el signo de Jonás en su Resurrección.

Era cerca de la hora nona, esto es, á las tres y media de la tarde, según nuestra manera de contar. Adán después de su pecado, oyó la voz de Dios en el jardín á la hora en que la brisa se levanta después de la mitad del día.

En esta misma hora el nuevo Adán, reparador de todas las cosas, saliendo de su silencio, exclamó con fuerte voz: *Eli, Eli, lamma, sabachani*: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me habéis desamparado?" Son las primeras palabras del Salmo XXI, que profetiza la pasión, describiendo sus principales circunstancias. Jesús las declaraba cumplidas, y al mismo tiempo sometido como hombre á la pena del abandono interior, revelaba así el mas oculto y el más amargo de sus padecimientos.

Jesús, dueño de todos los accidentes de su muerte, cumplía la profecía como Profeta. Sabiendo lo que la herejía inventaría para negar la realidad de su sacrificio, cuidó de arreglar todas las circunstancias, á fin de poner á salvo este pan que había de alimentar al mundo.

Desde los primeros siglos de la Iglesia todos los sofismas que hoy salen á luz estaban ya inventados, y á ellos habían respondido los Santos Padres con argumentos que conservan toda fuerza.

El Hijo de Dios, dicen, no ha padecido en su naturaleza divina; pero como hombre ha padecido, y era preciso que padeciese.

Si después de haber vivido en la tierra hubiera desaparecido de repente, se le hubiera tomado por un fantasma. Del mismo modo que se prueba la incombustibilidad de un vaso sometiendo á

la acción de las llamas y retirándole intacto, del mismo modo el Verbo de Dios nos prueba que el instrumento material de que se ha servido para la redención del género humano, es á la vez real y superior á la muerte; entregándose á la muerte demuestra su humana naturaleza; resucitando de la muerte, su divinidad.

Hizo este milagro para acabar con la locura que deificaba á hombres mortales, enseñando con esto que el único Dios verdadero es aquel que, triunfando en la muerte de la muerte misma, la arrastra triunfante entre sus trofeos. No murió por triunfar personalmente, sino para destruir la muerte del hombre; y he aquí la razón por la cual ha padecido una muerte pública y violenta.

Si su cuerpo hubiese estado enfermo y se le hubiese visto disolverse, parecería muy extraño que el que curaba todas las enfermedades fuese víctima de ellas. Si hubiese muerto en la soledad y después se hubiera presentado de nuevo, ¿cómo creer en la realidad de su muerte y de su resurrección, ya que es preciso morir antes de resucitar? ¿A que conducía que anunciase públicamente su resurrección, si su muerte había de ser secreta? No quiso exigir demasiado á la fé ni dar lugar á las imposturas que los hombres no dejarían de inventar para negarse á creer.

¿Se dirá que hubiera debido al menos elegir una muerte gloriosa y evitar esas espantosas ignominias? ¡No! ¡no! Debía su mejilla á las bofetadas, su frente á la corona de espinas, su rostro á las salivas, su espalda á los azotes, sus pies y sus manos á los clavos, sus labios á la hiel, su costado á la lanza, todo su cuerpo á la cruz. Convenía que fuesen vistas las manos que le habían tocado, convenía que estas ignominias pudieran servir de bálsamo fortificante en lo futuro á las víctimas de la crueldad y de la injusticia; convenía iluminar con resplandores las heridas del inocente, y ver correr como un bálsamo consolador hasta en las llagas merecidas del culpable; era preciso que en lo sucesivo, en la profundidad de los calabozos, en la abyección de los presidios, pudiese lucir el vivificante sol de la Cruz.

L. VEUILLOT.

GETHSEMANÍ

¡Triste Gethsemaní! huerto del llanto,
Lugar de la agonía,
Do al Hombre Dios acongojó el quebranto
De tus olivos á la sombra fría!
¿Qué misterioso encanto
Unido va á tu nombre,
Que lo pronuncia el hombre
De edades en edades
Como nombre de luto y desconsuelo,
Y al mirar en tu suelo,
Cruzado por ardientes tempestades,
De las divinas lágrimas el surco,
El fiel sollozo, te respeta el turco,
El obstinado ebreo
Con pavorosa indecisión te pisa,
Y convierte su cínica sonrisa
En mudo asombro el infeliz ateo?
¿Será verdad tal vez que en los lugares,
Que en su recinto realizarse vieron
Los grandes hechos que la historia admira,
Invisibles altares
Llaman á un culto misterioso al alma,
Y el espíritu en calma
De los séres que amaron ó sufrieron
En ellos, nunca de ellos se retira,
Y en vibración armoniosa y lenta
De su pasado las grandezas cuenta?
Entonces estaría
Del gemido de Dios tu espacio lleno,
Y en él resonaría
Como en la nube solitaria el trueno.
El Espíritu Santo animaría
Con sus lenguas de fuego cada hoja,
Y en arpa de querub la trocaría
Que en notas de dolor traduciría
Del Hombre-Dios la funeral congoja.
No es así: yo te veo
Triste, insensible como siempre has sido;
Y si un vago deseo
Me oprime el corazón enternecido
Tu recinto al hallar, no es que imponente
En fúnebre murmullo